

# Alquileres y demagogia

El Consejo de Estado decidió recientemente que su Comisión de Economía y Finanzas reconside un proyecto de ley de congelación de alquileres que previamente había sido rechazado.

El Sr. Antonio Gabito Barrios, integrante de ese cuerpo fue el autor de la iniciativa, aduciendo que se trata de una medida impuesta por la recesión.

No es el caso, de ninguna manera. La recesión surte toda clase de efectos dolorosos. Al respecto la obligación principal del gobierno es realizar un esfuerzo denodado y lúcido por atenuarla, y si es posible superarla. El gobierno puede plantearse asimismo la posibilidad de atender a las situaciones más alligentes derivadas del fenómeno cíclico mediante transferencias de riqueza de la sociedad en conjunto a los sectores más afectados. Lamentablemente, lo que puede hacerse en este caso, más allá del seguro de paro sobrecargado, es muy poco, porque la recesión tiene también el efecto de erosionar la base tributaria general, e imponer al Fisco restricciones presupuestales mucho más estrechas de lo que es habitual.

Pero si la conciencia social es suficientemente solidaria como para desear atender de manera especial a la situación de grupos especialmente afectados por la recesión, no cabe duda de que es lo que el gobierno, como intérprete de esa conciencia social, debe hacer: promover la sanción de impuestos a fin de financiar con ellos la transferencia a los destinatarios de la asistencia. Lo que no es concebible, ni defendible, es que

se legisle para que determinados agentes económicos, que tienen relación con los sectores que se desea proteger a través del mercado, por que en él le suministran bienes o servicios, sean los contribuyentes del impuesto implícito mediante el cual se financie el subsidio, igualmente implícito, al bien o servicio respectivo.

Para ello median dos razones. Una de equidad, que no es otra que el principio de la igualdad de todas las personas ante las cargas públicas. Y la otra de expeditividad económica, ya que si los agentes gravados con un impuesto diferencial son a la vez los encargados de abastecer el mercado respectivo, el suministro será por fuerza insuficiente y defectuoso.

Por años y lustros y décadas en el Uruguay procuramos entregar carne barata al público urbano gravando a los productores rurales, y ofrecer vivienda barata a los mismos habitantes de las ciudades gravando a los propietarios de los inmuebles respectivos, y tenemos abundantes pruebas de que esas soluciones injustas son también económicamente ineficientes.

Tratándose de la vivienda, el mero despertar de la cuestión, la mera mención de que los alquileres podrían ser congelados, ha asestado ya sin duda un fuerte golpe a la industria de la construcción. Hay otros factores que deprimen hoy en día el nivel de actividad de esta industria, como son las tasas de interés desmesuradas, y el consiguiendo bajo valor de las propiedades, pero el día en que estos factores comiencen a atenuarse, la

amenaza de la congelación volverá a ser operativa, y a surtir su efecto inhibitorio.

Pero hay más. La sola mención de que el Consejo de Estado podría volver sobre su propia decisión, y revocar la liberalización que él mismo resolvió en el mercado de alquileres está proclamando que no hay nada seguro en la economía uruguaya, y que el riesgo derivado de falta total de estabilidad del marco jurídico está tan alto como en los peores tiempos.

De modo que la inversión en general sufrirá, el desempleo se acentuará, la recesión se agravará, como consecuencia de la desdichada iniciativa.

El Ing. Eduardo Praderi dijo, a propósito de esta iniciativa y otros asuntos semejantes, que el virus de la demagogia había llegado al Consejo de Estado, y le asiste plena razón. Sólo la demagogia o la ignorancia extrema pueden dar origen a una iniciativa semejante. En la mayor parte de semejantes casos, creemos nosotros, la demagogia desempeña el papel preponderante.

Pero la responsabilidad principal por ello no es de los Consejeros de Estado, ni siquiera de los demagogos entre ellos. Es del proceso. El proceso nombra los Consejeros, y los remueve cuando lo juzga oportuno. ¿Qué características son las que determinan la pérdida del favor oficial, y de los asentados en el órgano *soi-disant* legislativo? Es algo que tenemos que ir infiriendo a través de la experiencia. Sabemos al respecto dos cosas: una, que la independencia de criterio es muy mal vista; otra, que la demagogia no estorba para nada.

## La clave es el gobierno

La semana pasada el gobierno llevó a cabo un minicónclave sobre las diversas áreas de su responsabilidad, presuntamente con énfasis en las de carácter económico. Al fin de las reuniones no se difundió información sobre el contenido de los trabajos y las respuestas de varios integrantes del elenco gubernamental han transmitido la impresión de

que no existe ningún plan para enfrentar la grave depresión que sufre el país, ni ninguna política que se proponga como meta la recuperación de los niveles perdidos de empleo y de actividad.

¿Qué explicación puede tener semejante actitud, semejante carencia? Algunas noticias periodísticas y algunas declaraciones formuladas desde círculos gubernamentales operan como un resquicio a través del cual es posible atisbar en busca de una respuesta a este enigma.

Un matutino expresaba el día 4 de mayo que fuentes oficiales habían prevenido que sería ocioso esperar "anuncios de tipo espectacular" y justificaban la falta de noticias positivas diciendo: "La clave son los recursos, de los que no existen disponibilidades, ya que los que se obtuvieron en el exterior están destinados a equilibrar la balanza de pagos".

No podemos asegurar que la jerarquía de la fuente sea adecuada en relación a una definición básica de política, pero la misma idea parece ser la que informó las declaraciones del Secretario de Planificación, General Pedro Aranco, cuando dijo a la prensa, citando al Ministro de Economía "que se hace todo lo que se puede con los recursos disponibles..." El General Aranco manifestó en seguida que no había "grandes posibilidades de ampliar ni pensar en grandes planes de reactivación..." y el contexto es claro en cuanto a que la falta de recursos representa en opinión del responsable de SEPLACODI el factor limitante para la confección de programas con aquella clase de objetivos.

A fuer de escrupulosos queremos consignar que las

preguntas del periodista parecieron conducir al Secretario Aranco hacia esa declaración. Pero no parece aventurado concluir al mismo tiempo que la tesis de que "la clave son los recursos" es al menos compartida por las autoridades con algunos sectores de la opinión pública, y que sólo ella sirve para explicar que en una situación de extrema penuria como la que atravesamos se pretenda que el rumbo actual es el adecuado, como en la misma entrevista manifestó el General Aranco.

Pues bien, si es eso lo que realmente piensan las autoridades, nosotros querríamos hacer el mayor esfuerzo de persuasión posible, para convencerles de que se hallan en un error, y que deben reparar donde se halla la verdadera clave del problema; a ver si podemos zafar del dramático atascamiento en que nuestra economía se debate.

La impresión que tenemos es que las autoridades se sentirían habilitadas para diseñar planes de reactivación si tuviesen una suma de dinero apropiada para gastar, digamos unos US\$ 700 u 800 millones. Pero ¿no es acaso evidente que el año pasado gastaron más que esa suma intentando una reactivación que no vino nunca? ¿No es cierto que volcaron mucho más de US\$ 500 millones solo a través del BHU, con resultados contraproducentes desde el punto de vista del nivel general de actividad? ¿Y no fueron en definitiva de ese mismo orden las reservas internacionales que perdieron en un intento reaccionario totalmente fracasado?

Uno no puede menos que concluir que si el gobierno tuviera las reservas, o el crédito, de que hoy carece

—y casi tendríamos que decir "felizmente carece"—nos haría revivir la pesadilla del año 1982.

¿Qué aconteció en 1982? ¿Por qué fracasó tan estrepitosamente el intento gubernamental de reactivación? ¿Por qué el dinero se estomó sin dejar rastros, como gotas de agua en las arenas del desierto?



Gral. Pedro J. Aranco

El gobierno no puede tener una tarea de importancia parecida a la de plantearse estas preguntas y dárles solución. Y si lo hace, creemos que llegaría inevitablemente a la misma conclusión que nosotros. La gente no cree en las declaraciones del gobierno respecto de la política cambiaria, del mantenimiento de la tabla, y cuanto más gastaba el gobierno, la gente se sentía más segura de que la situación se volvería insostenible y de que lo que le convenía era comprar dólares, a menos que los pesos redujeran intereses exorbitantes.

Hoy en día el público tampoco cree en el gobierno. No cree, por ejemplo, que el gobierno vaya a cumplir sus compromisos con el FMI. Y esto no es una idea nuestra, ni el resultado de

ninguna encuesta que hayamos realizado (por más que las encuestas informales que uno realiza a diario no den otro resultado). Es algo que las tasas de interés, proclaman de la manera más terminante, ya que si una proporción significativa del público creyese que el actual nivel de disciplina fiscal y monetaria fuera a mantenerse, habría una verdadera avalancha de tenencias de dólares a tenencias de pesos y las tasas volverían a niveles normales.

De modo que la clave no son los recursos, que el gobierno no tiene ahora, pero que tuvo antes, y que gastó sin resultado positivo alguno, sino el propio gobierno, o más precisamente su falta de credibilidad.

Si las autoridades abrigan dudas al respecto les bastará considerar cuál es la naturaleza de toda recesión. Esta se caracteriza básicamente por la existencia de recursos reales ociosos. Hay obreros parados y máquinas paradas, y de lo que se trata es de ponerlos a trabajar juntos. No se necesitan más recursos; se necesita averiguar qué es lo que está trabando la reactivación de los recursos paralizados.

Tal vez la idea de que toda contracción cíclica debe enfrentarse "gastando", sea un resabio de alguna versión ingenua de la teoría keynesiana, pero cualquier economista keynesiano medianamente competente le diría a nuestras autoridades que una economía cuyas tasas reales de interés se sitúan en un entorno del 50 % plantea un solo y único problema: cómo bajar esas tasas.

Para un economista keynesiano una inyección de gasto público es la forma de devolver el vigor a una

economía anémica. Pero una economía afectada por tasas de interés del porte de las nuestras se asemeja a un organismo afectado por el seccionamiento de una arteria y es claro que solamente la restauración de la integridad del vaso sanguíneo fracturado podría devolverle la salud.

El problema, pues, se reduce a saber por qué el gobierno no logra recomponer en medida apreciable su credibilidad. No es que este problema sea fácil, pero al menos sería reconfortante saber que el gobierno comprende que él mismo es la clave del problema y no la disponibilidad de recursos, y que se halla abocado a encontrarle solución.

A nuestro modo de ver las raíces del problema se hallan vastamente diseminadas pero poseen una rama central, que concierne la acción futura del gobierno en materia de refinanciaciones. Los anuncios de que no se están proyectando nuevas refinanciaciones se emiten reiteradamente desde fuentes oficiales, pero todo es inútil: la gente tampoco cree esto y ahora mismo el rumor atribuyó al minicónclave de la semana pasada la consideración de nuevas alternativas. Nada podría ser tan útil a este respecto como un pronunciamiento oficial debidamente fundado sobre el tema. Un pronunciamiento que expresara el pesar que sin duda sienten las autoridades por no poder asistir a numerosos deudores caídos en insolvencia por motivos en buena parte imputables al propio gobierno, pero que al mismo tiempo explicase concluyentemente lo que a nosotros nos parece representar la dura pero incontestable verdad: que no hay manera posible de ir más allá en ese terreno sin perjudicar decisiva y perdurablemente la salud económica de la República.

### Director Responsable:

Ramón Díaz.

### Editor:

Daniilo Arbilla.

### Columnistas y

### Redactores permanentes:

Manfredo Cikato, Pablo Fossati, Ramiro Rodríguez Villamil, Jorge Caumont, Ricardo Perano, Rodolfo Pandolfi, Daniel Gianselli, Miguel Arregui, Juan Carlos Casas, Jorge Luis Garza Venturi, José Pedro Ortiz, Juan Mario Hermdia, Jesús Iglesias Rouco. **Indicadores económicos:** Jorge Caumont, Gustavo Cola Canele, Michele Santo. **Medicina:** Jean Richer. **Españoles y vida cultural:** Rodolfo M. Faltorusso, Barret Puig, Jorge Traverso, Sergio Lacuesta, Alfredo Silvera Lima, Alfredo de la Peña. **Humor:** Aldo Cammarota, Aranda, Kid Gracia. **Cartas:** Araxos. **Diagramación:** Nelson García Serra.

### Directorio:

Dr. Ramón Díaz, Dr. Manfredo Cikato, Dr. Pablo Fossati, Dr. Ramiro Rodríguez Villamil y Daniilo Arbilla.

### Administración:

Esc. Alfredo Bianchi Varela

BUSQUEDA es una revista semanal miembro de la Sociedad Interamericana de Prensa. Está inscrita en la Dirección de Industrias con la matrícula N° 2079. Con domicilio en Treinta y Tres 1471, Pto. 2, Esc. 7, Tel. 95.54.84, Montevideo, Uruguay.

Las opiniones vertidas en los artículos son de exclusiva responsabilidad de los autores.

Precio de Venta en Uruguay: \$25.

Impresa en Talleres Gráficos de Impresora Polo Ltda. D.L. 40.172.

Distribución: Papacito.